

sor declara sentirse incompetente para juzgar las obras filosóficas de Condillac. Fue una capitulación y un reconocimiento del triunfo de la filosofía de la Ilustración. Sin embargo, no debemos llamarnos a engaño. La laxitud que se ha querido ver en los procedimientos y censuras inquisitoriales entre 1790 y 1810 refleja, más que la indolencia del tribunal, el hecho de que el racionalismo y el escepticismo ilustrados habían penetrado en las mentes de los censores, calificadores y jueces.

Ésta es, sin duda, una imagen inédita del Santo Oficio que se desprende de la lectura del *Catálogo* que hoy comento. La división cronológica utilizada en cada tema por los autores de esta obra permite, con gran claridad, seguir el proceso que llevó a los intelectuales que trabajaban como calificadores, desde el fideísmo absoluto de un Ytta y Parra hasta la capitulación racionalista del padre San Cirilo. Así, si algo revela el *Catálogo* no es el mundo de la herejía, sino el mundo de la crítica a la herejía, es decir el universo mental del Santo Oficio, que se transforma gradual pero profundamente ante los embates del Siglo de las Luces. Nada revela tan bien esta actitud de los censores, a la vez ilustrada y cristiana, racionalista y fideísta, que la queja proferida por uno de ellos: "Infelices tiempos en que lo que no se atrevía a proferir el impío sino allá en el secreto, en lo más profundo de su corazón, lo gritan, lo publican y lo dan a leer a todo el mundo los que se precian de filósofos".

ELÍAS TRABULSE  
*El Colegio de México*

Manuel Gutiérrez Nájera. *Obras VII. Crónicas y artículos sobre teatro, V (1890-1892)*. Ed. Ana Elena Díaz Alejo y Elvira López Aparicio. Nueva Biblioteca Mexicana 103. México: UNAM, 1990.

Con este volumen se añade un eslabón más a la cadena que, una vez terminada, cumplirá el objetivo del proyecto editorial de las obras de este escritor, hasta ahora bajo la responsabilidad de Ana Elena Díaz Alejo, y que es el de hacer llegar al público de hoy los textos najerianos que yacen en las publicaciones periódicas del último tercio del siglo XIX. Es ésta una significativa labor de rescate, que pretende dar a co-

nocer en su totalidad, en la medida de lo posible, la obra, tanto en prosa como en verso, de Manuel Gutiérrez Nájera, y poder así darle el justo lugar que le corresponde en las letras hispanoamericanas.

Este objetivo e interés los hemos heredado del doctor Erwin K. Mapes, quien en su empeño por puntualizar datos referentes al modernismo, se acercó a la obra de los escritores que, en ese momento, eran considerados como precursores de este movimiento literario y centró su atención en los textos de Gutiérrez Nájera. Mapes nos dice:

[Los] estudios me llevaron a una conclusión, en la que concuerdan otros muchos investigadores del modernismo: de que a pesar de la enorme importancia de Darío en el desarrollo del movimiento, él no fue el verdadero inventor de muchos de los procedimientos que se dan como característicos de su obra. Para descubrir al iniciador había que examinar los escritos de los primeros modernistas.

Para tal pesquisa había que pensar, en primer término, en Gutiérrez Nájera, nacido ocho años antes que Darío, y que empezó a publicar poesías y artículos hacia 1875, unos trece años antes de la primera edición de *Azul* (1888) (xi).

Debemos hacer patente nuestro reconocimiento a la invaluable labor del doctor Mapes, quien, gracias a la subvención concedida por la Universidad de Iowa, se dedicó a la ardua tarea de recopilar y clasificar, previo conocimiento de los seudónimos de Gutiérrez Nájera y de las publicaciones periódicas en las que más frecuentemente colaboraba, buena parte de los textos najerianos que se conocían. Con ellos elaboró un riquísimo catálogo, que el equipo editor que ahora investiga su obra ha ido enriqueciendo, a la vez que preparaba catálogos cronológicos y por publicaciones periódicas.

Tomando como punto de partida estos catálogos inéditos, se han publicado cinco tomos más,<sup>1</sup> cuatro de ellos dedicados a las crónicas y artículos sobre teatro. Todos ellos están abocados a un mismo propósito, que, en palabras de Alfonso Rangel Guerra, ha sido:

presentar una secuencia de las principales actividades teatrales en la Ciudad de México durante todo el período 1876-1894, y además identificar en el autor el desarrollo de sus ideas, juicios y apreciaciones sobre el teatro, la ópera y la música, las posibles influencias en su

---

<sup>1</sup> Ver la reseña de Carmen Ruiz Barrionuevo en *Literatura Mexicana* 1 (1990): 559-565.

obra periodística y la integración, en el tiempo, de sus funciones como crítico teatral (xviii).

En el volumen que comento se publican cuarenta y dos crónicas. Sus temas son: producción dramática francesa, como *Divorçons* y *La Tosca*, ambas de Victorien Sardou; obras españolas como el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla o *Un crítico incipiente* de Echegaray, y obras mexicanas como *La hija del rey* de Peón y Contreras. Hay también un ensayo sobre la pobreza de la producción dramática española, apoyado en lo dicho por Armando Palacio Valdés en su libro *La literatura en 1881*. Se incluyen crónicas sobre óperas como *Tannhäuser* y *Lohengrin* de Wagner, *Guillermo Tell* de Rossini y *Cleopatra* del compositor mexicano Melesio Morales y sobre operetas, zarzuelas, tandas y ópera bufa francesa. También hay comentarios sobre los protagonistas de los acontecimientos teatrales, como la muerte del primer actor cómico español Antonio Muñoz, Muñocito, o la dura crítica que le merecen los actores como Manuel Estrada y Cordero por lo pobre de sus actuaciones. O bien sucesos que giran en torno a la actividad teatral del momento.

En todas estas crónicas Gutiérrez Nájera evidencia su destreza en el manejo del lenguaje. Con qué acierto hace uso de la ironía y de un humor, fino la mayoría de las veces, y de los continuos juegos de palabras que revelan en plenitud su ingenio. El escritor se vale de estos recursos para crear graciosas escenas que, a la vez, no dejan de tener una gota de amargura, porque esas representaciones, en la realidad, resultarían dramáticas. Una de las facetas más ricas de nuestro autor es la de crítico de la sociedad, la de perspicaz observador a quien no escapa, en ningún momento, detalle alguno del mundo que lo rodea. Así por ejemplo, muestra la actitud del público ante los altos precios de los boletos para oír los conciertos de la famosísima diva Adelina Patti y las escenas que podrían suscitarse por la cancelación a última hora de la representación de una ópera.

Los textos reunidos en este libro están escritos en diversos estilos, que ponen de relieve otros dos de los aspectos que complementan la personalidad de Gutiérrez Nájera: la de cronista y la de poeta. Su oficio de periodista lo obligó a convertirse en un escritor proteico para satisfacer la diaria demanda de trabajo; según su propio testimonio, publicaba más de treinta artículos al mes. En su Introducción señala Elvira López Aparicio que en los artículos Gutiérrez Nájera “se ocupa de los más variados temas y demuestra su extraordinaria erudición y cultura tanto en las líneas impregnadas de lirismo, como en aquellas en las que vierte cáusticas gotas en el dardo de sus críticas” (lviii).

En la mayoría de sus textos, cualquiera que sea su índole, nuestro cronista tiene como punto de partida la realidad, la del acontecimiento del momento, y muchas veces la de su contexto más inmediato; dígalos si no la más famosa de sus narraciones: "La hija del aire". Y qué decir de las crónicas que se refieren al teatro y a los espectáculos en general, en las que la propia materia prima es cambiante día con día, proporcionando al autor una magnífica oportunidad de encontrar motivos que nutrieran sus crónicas. Muchas lo son porque cumplen con la finalidad primera de la crónica, que es la de informar sobre el hecho inmediato, como ocurre cuando Gutiérrez Nájera sólo comenta los avatares sucedidos a los actores de la compañía Sieni en la representación de *La Favorita* de Donizetti.

Otros textos revisten un carácter anecdótico. En ellos el autor permite entrever sus emociones cuando recuerda tiempos pasados y personajes ya fallecidos, como el crítico de música francés y amigo suyo Alfredo Bablot, y la melancolía invade sus páginas al recordar a los artistas que componían el elenco de la compañía dramática del actor español Leopoldo Burón. En otras ocasiones aprovecha el cronista el vastísimo caudal de lecturas que posee y narra el argumento de algún drama que se representaba por aquellos días, siempre emitiendo sus juicios sobre el contenido de las obras y su repercusión en la sociedad. Algunas veces, sus opiniones versaban sobre los aciertos o desaciertos en el entramado de las obras; otras criticaba el mal gusto, la baja calidad, la grosería de las obras (como la zarzuela *Cuadros plásticos* de Arcaraz y Austri). Otras veces la escenificación de una obra como *Lohengrin* era pretexto para deleitar a sus lectores.

Por otra parte, "es obvio que bajo la pluma del periodista vivía el poeta" (xx). También en sus textos prosísticos se encuentra manifiesta su calidad de poeta, su riqueza léxica, su brillante imaginación. En prosa netamente poética plasma las sensaciones que le suscitan la música de grandes compositores como Wagner o Beethoven o las interpretaciones de Sarasate y D'Albert o la presencia escénica de los personajes de *Otelo*.

En "Beethoven y Wagner" describe así la obertura de *Tannhäuser*:

Wagner es menos humano, pero, ¡qué divino! Oíd esa maravillosa obertura de *Tannhäuser*, llena de cisnes blancos, de cabrilleos de luna y de voces sobrenaturales. Se entra a la magia, al misticismo puro, al bosque druídico. De pronto, en esa selva rumorosa resuenan las pisadas del guerrero germano. Escúchase el galopar de los corceles indomados, el choque de las duras armas, y el bosque de las inmensas sonoridades se estremece. Mas con Wagner se está en la catedral, se

está en la montaña, se está en el océano, se está en la brega de los titanes con los dioses; no se está con el Hombre. Esa música es el sueño de un coloso. Suele convertirse en cisne, como el olímpico amador de Leda, pero ese cisne siempre es Júpiter (173).

Estos escritos son ensayos logradísimos; en ellos el poeta alcanza, aunque sólo sea fugazmente, su meta anhelada: la de disfrutar la belleza por sí misma. Por algo siente particular devoción por la obra wagneriana y coincide con el célebre músico en su deseo de transmitir esta búsqueda del ideal.

Quería [...] producir la más intensa impresión posible, desligar al espectador de todo recuerdo profano, provocar en su ánimo un estado propicio a la visión de cosas ideales, envolver su espíritu en el sueño para convertirlo en vidente, descubrirle la trabazón de los fenómenos del mundo, y mostrarle lo que sus ojos no pudieran ver en su habitual estado de vigilia (60).

Debe encomiarse la labor editorial que sustenta esta edición. Todos los textos han sido cuidadosamente anotados por López Aparicio. A través de su aparato crítico se trasluce una exhaustiva labor de investigación. Las notas, a pie de página, esclarecen el vastísimo universo cultural que albergan los textos najerianos y son un magnífico complemento para conocer el contexto (político, social, cultural) que rodea el mundo que vivió su autor. Estas notas aportan datos sobre escritores, políticos, artistas de la época, etcétera, acerca de las obras, tanto literarias como musicales, se proporciona el lugar y la fecha de su estreno en el extranjero y, en su caso, en México, o bien las fechas de reposición en el país.

Además se informa sobre personajes literarios; sobre la ubicación de los establecimientos más importantes en la vida social y política del México del último tercio del siglo XIX; sobre citas textuales o glosas de poemas, de versos y de arias, todas ellas localizadas en sus fuentes originales. Se comentan los acontecimientos que en su momento tuvieron repercusión, desde los más triviales, como la "inexistente" pantera de San Cosme, hasta hechos de trascendencia, como la fundación de la Sociedad Anónima de Conciertos de Orquesta, cuya finalidad era "despertar el gusto por la buena música entre el público mexicano" (160 nota).

Toda la información aportada, tanto por los textos como por la anotadora y prologuista, ha sido trasladada a índices que recogen en va-

rias parcelas lo que el libro contiene: personas, obras, personajes, arias, poemas, frases, versos y parlamentos.

La introducción de Elvira López Aparicio ofrece datos importantes que sitúan a Manuel Gutiérrez Nájera como hombre y como escritor, en un momento histórico, el Porfiriato, condicionado por unas circunstancias políticas y culturales muy específicas. Aporta datos biográficos del poeta: su matrimonio, su actividad política, su quehacer literario, periodístico y cultural en general, así como su vida social. En lo que se refiere al panorama cultural, se detiene minuciosamente en la actividad teatral del período 1890 a 1892.

Destaca la prologuista ciertas constantes que se aprecian tras una cuidadosa lectura de estos textos, en cuanto a la temática y a los recursos retóricos. Son dos los temas que rigen estas páginas, el amor y la muerte:

Constante es la presencia del amor con sus varios rostros: el sentimiento que da todo hasta lo más recóndito; la ternura que inspira la infancia; la caridad hacia los menesterosos; la pasión de garra del moro de Venecia; la plenitud de la posesión, ideal de los amantes, y el placer voluptuoso delineado en páginas de refinamiento erótico, sensual y sensorial [...]. Otra idea tenaz —casi fija— es la muerte, tanto la propia como la ajena, tanto el concepto abstracto como el hecho concreto de la ausencia (cxii).

Hay que decir que ambos temas aparecen de manera recurrente, casi idéntica, en otros géneros de la producción literaria de Gutiérrez Nájera, sobre todo en la poesía y en la narrativa.

Los variados y siempre eficaces recursos retóricos son estudiados brevemente en esta introducción, excelente e imprescindible guía para quien desee realizar un estudio estilístico más profundo y completo de la obra najeriana, estudio urgente que exige esta prosa magnífica para ser apreciada en su cabal significación.

Queda, pues, en las obras de Manuel Gutiérrez Nájera que hasta ahora se han publicado el material que, en inmejorable presentación editorial, servirá de base para que futuros investigadores de nuestra literatura, nuestra historia, nuestra lengua y nuestra cultura en general, realicen las calas que revelarán en toda su complejidad el momento de su creación y permitirán también el mejor conocimiento de México.

ALICIA BUSTOS TREJO

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*